

Entrevista a Juan David García Bacca

¿Qué es un filósofo?, pueden preguntarse los amantes de la filosofía o del saber. Es un hombre que se dedica con método y con constancia a entrenar la mente en el estudio y en la meditación de los temas que conforman eso, que de manera un poco vaga, se llama «*filosofía*». Este es el anfitrión, ésta su casa, y el invitado principal es el profesor Juan David García Bacca, quien salió de España en 1939, vino a nuestro continente buscando los aires fríos, secos y pacíficos de una ciudad colonial situada en el equinoccio: Quito, y de allí vino a dar a Venezuela, donde sembró obra y sembró hijos. Los que tuvimos la dicha y el honor de ser sus alumnos, escuchar sus conferencias y sus charlas, siempre hemos percibido en el profesor García Bacca esa fina calidad de hombre pensante. Bernard Shaw, en una de sus obras teatrales *Man and Superman* (*Hombre y superhombre*), en el diálogo que mantiene don Juan Tenorio con el Comendador, con doña Inés y con Lucifer, empieza hablando acerca del destino del hombre, y Tenorio llega a la conclusión de que el arquetipo de hombre que más se acerca al superhombre es el filósofo, el hombre pensante. Yo creo que todos los que hemos tenido la honra y la dicha de conocer al profesor García Bacca estamos seguros de que él se acerca más que ninguno a ese arquetipo ideal del hombre pensante, del superhombre. *Resumen* es una revista que intenta hacerse «a la medida del hombre inteligente»; y el hombre inteligente debe hacerse a la medida del filósofo y de la filosofía. Quizás las primeras preguntas que podrían hacersele, con toda ingenuidad y simpleza, son... ¿Qué es la filosofía? ¿Qué es un filósofo?

* Agradecemos al doctor Jorge Olavarría su autorización para publicar el presente texto, originalmente publicado en la revista *Resumen*, n° 321, 1979, pp. 53-63.

García Bacca: Ya les he dicho que no estoy de profesor de filosofía: estoy jubilado, muy bien jubilado y muy contento. Voy a desviar la conversación para responderle, a usted, contándole... (amigo D'Ambrosio, permítame usted que yo desvíe la conversación, toreando las cuestiones graves), contándole que hace unos tres o dos siglos, en la Universidad de Valladolid, concidió que hubo un rector que era a la vez obispo, y cuentan que comenzaba los grandes actos académicos diciendo: «*Eminentísimos teólogos, excelentísimos filósofos, ilustrísimos juristas, canalla vil de médicos y boticarios...*» En aquellos tiempos, los filósofos eran por definición «excelentísimos». Ahora no, ahora el orden es otro: «*Eminentísimos físicos nucleares, canalla vil de poetas, filósofos y teólogos*». Aquí estamos. De manera que si usted me pregunta por la filosofía, le he de decir, ¡pobrecitos! ¡Somos canalla vil! Que vamos en compañía de poetas y teólogos, en medio de ellos: así que no espere usted gran cosa de nosotros; espérela usted de físicos nucleares, de economistas, de sociólogos... ¿Eso le tienta a usted más verdad?, y es mucho más real ¿verdad?

Jorge Olavarría: ¡A mí no!

García Bacca: ¿Todavía le tienta la filosofía? ¿De manera que va a entrar usted en la «canalla vil» de poetas, filósofos y teólogos? Yo le desearía otra cosa. Mi querido amigo D'Ambrosio, se me quejaba el otro día de que la filosofía no había penetrado, como habría de penetrar suficientemente, para cambiar un poquito la mentalidad de la gente de una manera fina, con un veneno sutil. ¿Sabe lo que le voy a decir? Que creo yo que los filósofos, que somos «canalla vil», que vamos con poetas y con teólogos, habríamos de mirar un poquito hacia los sociólogos, economistas y físicos nucleares, a ver, que si conseguimos imponernos algún tanto en sociología, economía, física y matemáticas, tengamos una cierta probabilidad de que, así como mandan en este mundo físicos nucleares, economistas y sociólogos, los filósofos, dando una vuelta por ellos, podríamos influir más. Pero que *directamente* los filósofos influyamos en algo, ¡amigo mío! ¿Cree usted que nosotros influimos en algo? ¡Si somos «canalla vil», tolerada hasta universitariamente! Lo mejor es, pues, que eso de «filosofía» lo dejemos aparte. El porvenir nuestro, reside — tengo la impresión cada vez más — en que nos tomemos los filósofos el trabajo de estudiar sociología, meternos en economía, en física y matemáticas y, a través de ellos, si conseguimos que discurren sociólogos, economistas y físicos, en filosofía, con todo el prestigio de todo eso, será lo que revertirá poco a poco e irá bajando hacia el estante inferior.

Modernamente cualquier bachiller, cualquier muchacho nuestro ha comenzado a estudiar matemáticas, de una manera que nos da envidia a los que somos del año uno. Cualquier bachiller moderno sabe de física moderna lo que yo tuve que aprender cuando tenía 32 años. Es decir, que el material matemático, físico, etc., ese *sí* que ha calado bien hondo. ¿Sabe usted, Jorge, lo que me decían cuando tuve que dar en la Universidad Central de Venezuela hace años unos cursos que llamaban de «Formación Humanística», que eran obligatorios para no sé cuántas facultades y tenían que venir matemáticos, físicos y biólogos por obligación de materia? Me decían: «Mire usted, creíamos que la filosofía era paja, y realmente es mucha paja, pero lo que ha dicho usted parece que no lo es tanto.»

La obra de Platón

Federico Riu: Profesor García Bacca, si me permite usted, empezaría con el refrán de que «Obras son amores y no buenas razones»... ¿Por qué usted ha dedicado los últimos años de su actividad filosófica a traducir la obra de Platón? ¿Cuál ha sido el motivo, la razón, por la cual ha emprendido esta gigantesca tarea? (que entre otras cosas refuta la opinión de que en Caracas no hay tiempo para nada). ¿Por qué Platón? ¿Qué cree usted que Platón puede decirnos a nosotros en esta época?

García Bacca: Esto me lo han preguntado muchas veces, y de tanto preguntármelo, últimamente he tenido que pensar en la respuesta. Primero, permítame usted, es una respuesta un poco personal. Yo nací —no tiene remedio— en el año uno de este siglo (1901), así que todos ustedes son para mi «jovencitos envidiables». Por ese tiempo, en el año 1918, en España, en colegios y conventos o seminarios se estudiaba en firme el latín (que ahora ya no se estudia ni en firme ni en serio). Hacia el año 18 comencé a estudiar el griego. Cuando tenía 17 años, y naturalmente, leyendo, me entró la afición por Platón. Que es un poquito como la afición por descifrar estelas griegas o cosas raras. Pero claro, ¡Platón es el manantial de la filosofía! Sabía las matemáticas de su tiempo, sabía la cosmología de su tiempo, conocía perfectamente la ética, toda la literatura griega; se preocupaba además de derecho y de moral y de todo. De manera que en ese tiempo, Platón era la fuente de la que manaba todo junto. Cuando uno consigue una fuente que le proporciona todo simultáneamente, que le provee de filosofía, de matemáticas, de física, de literatura, y además es un señor capaz de escribir de filosofía técnica como el *Parménides* y a la vez escribir *El banquete*

y el *Fedro*, semejante unión de tan gran literatura y ciencia, lo que a uno le va entrando conforme va leyendo, es admiración, envidia y ganas de imitarlo. Desde los 18 años, hasta más o menos los 53 ó 54, me dediqué a traducir diálogos platónicos. Cuando en la universidad, creo que en el año 70, me jubilaron, muy a gusto mío, me hice el examen de conciencia que ustedes en su orden se harán cuando lleguen a los 70 años. ¿A quién debo yo más en el mundo filosófico? Naturalmente que a Platón. Debo a Aristóteles, Santo Tomás y la todos los demás filósofos: pero creí que a quien más debía mi formación era a Platón. Y se la debo principalmente porque vi que era el gran filósofo, el que empieza a filosofar en forma. Él que sabía las matemáticas de su tiempo, que se estaban creando entonces, que sabía de la física y la cosmología que se estaban haciendo, él, que escribía maravillosamente; gran literato, de los mejores que ha habido, que se preocupaba de derecho, de todo lo demás; nada de lo divino y humano le era ajeno; a él debía yo toda mi formación en conjunto. Platón no es sólo filosofía: es un acorde de todo. Había traducido ya en México algunos diálogos; pensé que era cuestión de ponerse a hacerlo en firme. Calculé sobre la base de la edición de Platón en francés: son 25 volúmenes; unas 3.200 páginas, 100 páginas por año, o sea, tres páginas por día. Trabajando en firme, en tres años lo terminaba. ¡Y en tres años lo terminé!

Por la mañana, tres páginas por término medio, porque hay veces que entre líneas —ustedes lo saben muy bien, colegas Riu y Pagallo— uno se atasca una semana completa; en un párrafo tres o cuatro días, porque no encajan griego y castellano. Al cabo de tres años estaba completamente terminado. Por tanto, 3.200 páginas en griego; otras tantas en castellano.

Dediqué año y medio en notas e introducción a cada diálogo. Así que quedó completa la traducción, 5.000 páginas en total. Había pagado mi deuda a Platón. Él me educó. No sólo en filosofía, sino en matemáticas, física, cosmología. Eso es lo que todos desearíamos actualmente: que el filosofar moderno no fuera como una especie de aguja que va penetrando en una sola dirección; en una dirección tal que la mayoría de los filósofos no saben una palabra de matemáticas, que no saben escribir (con el perdón de mi amigo Riu, quien escribe deliciosamente bien, envidiablemente bien), que sólo saben de una sola cosa. Es natural que una filosofía moderna de este tipo no tiene a nadie, ni a Dios ni al Diablo.

Cuando empiezan a hablar de alienación, angustia, de ser, de no ser, de existencia, que si existenciario, que dialéctica... ¿Cómo puede eso tentar a físicos y matemáticos modernos? De los cuales vivimos y nos dejan vivir. ¿Cómo puede tentar a economistas de los cuales vivimos, también todos nosotros? ¿Cómo puede tentar semejante filosofía, que es nada más filosofía, a sociólogos? Absolutamente. ¿Somos todavía la «canalla vil»; entre poetas y teólogos que todavía valen muchísimo menos? Ante el ejemplo de Platón, creo que moderadamente la filosofía debería de ser como fue él; que el filósofo estuviera a la altura actual de matemáticos, físicos, sociólogos, economistas y literatos. ¡Eso sí que atraería! Entonces no seríamos canalla vil; iríamos junto con eminentísimos, excelentísimos matemáticos, físicos nucleares, economistas, sociólogos. Pero mientras persistamos en hacer simple y puramente filosofía, reducida a pequeño riachuelo derivado que ha dejado que se le vayan las matemáticas por una parte, la física por otra, la sociología por otra, por otras las leyes, no iremos a ninguna parte.

Cuando terminé la traducción de Platón, creí haber cumplido —según me había propuesto— con nuestros deberes actuales. Que son ahora mucho más difíciles de cumplir, porque en el tiempo de Platón las matemáticas y la física estaban naciendo, y la sociología, la política y la ética lo mismo. Pero ese ejemplo que él nos dio, visto como empresa moderna, es difícilísimo de imitar. Me he propuesto, en lo posible, ir en compañía de físicos nucleares, de matemáticos, de economistas, de sociólogos. Es lo que me he propuesto, pero creo que me lo he propuesto demasiado viejo. Creo, no obstante, que es el deber; es la provocadora y alta empresa que hemos de ofrecer a los que estudian eso que se llama aún filosofía. ¡Comenzando por el buen ejemplo!

No creo que hayamos de hacer, como se cuenta —me parece que es fábula, pero simbólica— que en el dintel de la academia platónica, la Gran Academia, había un título que decía: «No entre quien no sepa geometría». Semejante condición, ¡todo un crimen si la pusiésemos ahora! Más aún, habríamos de poner: «No entre nadie que no sepa de física nuclear, de matemáticas modernas, economía moderna, sociología moderna». Con semejante criba, ¿quiénes entrarían? Pero los que entrasen estarían a la altura de nuestro tiempo. Y serían los que realmente pudieran influir en todo él. Creo que es una empresa descomunal, ¡pero usted nos concederá, don Jorge, que los españoles tenemos algo de quijotes! Que esto es una quijotada, ¿verdad?

Yo no puedo proponer a la Universidad que ponga semejante título en la Escuela de Filosofía. No puede ser; pero una cosa es que no pueda ser, y otra cosa es que yo personalmente no me sienta obligado —antes de irme al otro mundo— de llevar la conciencia limpia, y al encontrarme a Platón, decirle: «yo he traducido íntegramente su obra al castellano; pero la he traducido con la intención de dar, en el siglo XX, el mismo ejemplo que dio usted en el siglo IV aC». Y espero que me recibirá de manera delicadamente urbana, con un gran abrazo.

La unidad del saber y la división del trabajo

Giulio Pagallo: Profesor García Bacca, entiendo lo que usted ha dicho: que el sentido de la actualidad de la filosofía de Platón es la posibilidad de recuperar a través de la tematización de varias áreas de experimentación científica, de recuperar un discurso unitario, incluso filosófico. Entiendo también, por el hecho de que Platón conocía de matemáticas, se ocupaba de derecho, aspiraba a que la política fuese llevada por los filósofos, se salvó de la etiqueta de «canalla vil». Tengo la impresión de que se salvó también porque era miembro de una familia aristócrata, y era difícil hablar de Platón, hijo de regidores de Estado, como «canalla vil». Yo le he dado vuelta, un poco, a la denominación de los filósofos como «canalla vil», y quisiera oír su opinión al respecto. ¿No será que los filósofos «platónicos», loc que intentan recuperar un discurso unitario, están en contra de formas de organización de sociedad y del saber, basadas en la división del trabajo, y por lo tanto son enemigos de la parcelación que, consciente, por supuesto, del desarrollo, permite el progreso de la técnica y de las investigaciones científicas; pero que los filósofos, justamente, porque tratan de recuperar el discurso platónico pueden ser en determinado momento, cuestionadores de aquella división del trabajo que garantiza la incomunicación y la alienación? Hay en el mundo moderno uno de los ejemplos más típicos y más patéticos de un hombre amante de la libertad, que fue considerado por dos siglos como «canalla vil»: que es Spinoza. Spinoza sabía de matemáticas, pero la sociedad no le perdonó el escribir sobre ética. Mi pregunta es... ¿fue considerado Spinoza «canalla vil» porque sabía demasiado de matemáticas y de física, o porque se preocupaba demasiado por la libertad ética y política del hombre?

García Bacca: Recuerde usted, colega Pagallo, que ese relato que he contado yo, acerca de aquel Rector-Obispo es un poco exagerado. He exagerado eso de que modernamente somos «canalla vil». Tiene usted mucha razón de que de la división del trabajo vivimos todos nosotros. Si el trabajo no estuviera dividido, todo lo que vemos aquí en esta magnífica casa y habitación no existiría. Esto es evidente. Ha sido también menester introducir la división del trabajo intelectual; sin ella no iríamos a ninguna parte. Por eso digo que la empresa de deshacer esa especie de división es una empresa descabellada, y cuando uno se mete en ella resulta un Quijote, como yo. Descartes, gran filósofo, gran matemático, gran físico, y escribía en maravilloso francés filosófico...

Giulio Pagallo: ¿Creea en la moral provisoria?...

García Bacca: Spinoza era gran filósofo, sabio en lenguas clásicas que es otra gran cosa: escribía en latín; sabía matemáticas a la altura de su tiempo; la matemática le inspiró una ética demostrada geoméricamente. Es decir, que todavía de él no se podía decir lo de «canalla vil», porque dentro de esa «canalla vil» entrarían la matemática, la física, etc. Ese buen ejemplo se pierde muy pronto; y posteriormente, en nuestros tiempos, hay filósofos de gran fama que no saben ni una palabra de matemáticas, ni de física, ni de nada actual. Que si usted pone en latín lo que dicen, serían del siglo XIII. Hay obras de filosofía actual que, puestas en latín, quitando cuatro o cinco palabras, serían del tiempo de Escoto. ¡Eso no puede ser! Porque ese señor que ahora escribe, sin que se conozca en qué época, porque se conoce que no sabe nada ni de física, ni de matemáticas, es un señor que por descuido escribe en alemán, o francés o inglés. ¡Debería escribir en latín! Que creo es lo que le convendría. Son ejemplos largos de explicar; y además, raros también. Filósofo moderno... ¿qué filósofo moderno hay que crea tener la obligación de escribir literariamente bien, como Platón? Que llega a Platón, admira a Platón, y no cae en cuenta de que sería su obligación ponerse a escribir literariamente bien. Lo grande de Platón, además de escribir maravillosamente bien, como *El banquete* es ¡ que lo lee todo el mundo! Leerán otros el *Parménides*, o el *Teeteto*; pero quien haya leído *El banquete*, maravillosa obra literaria, dirá: ¿cómo es posible que un filósofo haya escrito esto? Digamos lo contrario: ¿cómo es posible que haya un filósofo que no sea capaz de escribir literariamente bien?

«Traducir una pera a una manzana»

Jorge Olavarria: Hay algo que a mí me llena de curiosidad y perplejidad, que es la tarea de traductor... tarea tan difícil, sobre todo en el caso de Platón; yo recuerdo haber leído, en un libro suyo, que Platón creó un idioma distinto, un idioma especial, una manera de decir las cosas. Traducir todo eso al castellano, ¿no es una tarea, en algunos casos, de adivinanza?

García Bacca: Don Jorge, tiene usted muchísima razón. Traducir del griego al castellano es una traición. Tal traición no pasa por ser delito; y se goza de gran impunidad. A un traidor a la patria lo apresan y lo fusilan. Pero ese delito de «traducción» no consta en el Código Penal; y no pasa nada. Primero, traducir es el equivalente a querer transformar una pera en manzana. ¿Sería un prodigio, si se pudiera cambiar químicamente una pera en manzana! El castellano y el griego son como pera y manzana. Son parientes próximos. Pero, cuando uno traduce, lo que suena en griego, puede que no suene en castellano. Por eso comenzamos por descartar todo lo que el lenguaje griego tiene de música que es intraducible. No puede traducirse, transformarse «pera en manzana». Si se traduce «pera» a «manzana», ¡desaparece la pera! El buen traductor debería ser tal que no se conociera en la traducción el idioma del cual ha traducido. Si no, es trampa. Si se conoce en el castellano que es una traducción del griego, quiere decir que muchas cosas del griego no se las ha traducido. En la traducción de un lenguaje no se habría de conocer por ninguna parte cuál es la lengua original. Eso es imposible. Hay que hacer un conjunto de trampas para que se vea que es imposible, que es una traición en que uno cae sin remedio. La trampa puede consistir, entre otras cosas, primero en hacer notar —muy bien notado— que eso pasó hace 25 siglos; es decir, que la gente caiga en cuenta de que eso pasó hace 25 siglos. Ahora, en las traducciones mismas no se hace constar que eso pasó hace 25 siglos; sino parece que sucedió, que se escribió antes de ayer. Además, en las traducciones ordinarias sucede que, además del desplazamiento histórico, el texto platónico griego ha estado en general en manos de gramáticos y de filólogos; y por excepción en manos de filósofos que sepan griego. Por ejemplo, en la edición francesa, creo que son ocho traductores diferentes, ninguno de los cuales es filósofo, fuera de León Ropin, que lo es, decorosamente. En castellano se ha traducido a Platón por un conjunto de señores; creo que no hay ningún filósofo, aparte de un orteguiano de segunda mano. La edición inglesa está hecha

por un conjunto de cinco señores, ninguno de ellos filósofo. Son todos ellos gramáticos y filólogos. ¿Creen ustedes, mis queridos amigos, que Platón se sentiría muy bien, sabiéndose traducido por gramáticos, reducido a ser profesor de gramática griega y filología griega? No ha conseguido ningún gran filósofo que lo traduzca, fuera de Schleiermacher en el siglo pasado.

Jorge Olavarria: ¿Ha detectado usted errores importantes en las otras traducciones de las obras de Platón?

García Bacca: Muchísimos. Como el texto platónico ha sido traducido y trabajado por gramáticos y filólogos de la lengua griega, todo lo de filosofía se les ha pasado por alto. Un caso concreto, en un diálogo platónico, *La república*, hay un pasaje controvertidísimo: de cómo los gobernantes tienen que determinar secretamente el tiempo apropiado de apareamiento entre varones y hembras. Hay en tal texto un conjunto de datos matemáticos que —al parecer— no es imposible descifrar. Un traductor de *La república* de Platón solemnemente y sinceramente dice: «Todo esto es para mí chino». ¿Es posible que respecto de la matemática en Platón, haya un traductor que diga sencillamente: «Esto para mí es chino»? De matemáticas hay muchísimo en Platón: los textos griegos correspondientes están traducidos por gramáticos y filólogos que no saben de matemáticas. Cuando ofrecen a uno que sabe de matemáticas el texto traducido, el matemático no puede hacer nada, ¡tal texto es un absurdo! Para una traducción moderna decorosa es menester saber matemáticas y física. Todo lo que exhibe y aprovecha de matemáticas Platón, no es simplemente por ganas de lucirse, o por una especie de novelería; todo lo matemático y físico entra intrínsecamente en Platón.

En ninguna edición se ha estudiado lo que tiene de matemáticas y física Platón, desde el punto de vista exactamente como lo entendía Platón. Y se encuentran cosas inverosímiles, que no se entienden; y es natural. Igual pasa con cosmología y otros temas. En el texto gramatical, ¿qué cree usted que va a hacer un traductor a quien se le escapa precisamente todo tipo de adverbios, de fórmulas, que son clásicamente filosóficas? ¡Todo eso no lo traducen! O sea, ningún traductor de este siglo da el tono filosófico; porque estudian nada más el tono gramatical, los regímenes, etc. De modo que Platón ha bajado, de ser filósofo, a ser «canalla vil» —con perdón— a ser profesor de matemática de lengua griega.

Lenguaje y realidad

Jorge Olavarría: Hay algo que me llena de curiosidad, que es el fenómeno intrínseco del propio idioma del lenguaje. Los seres humanos tenemos la ilusión de que dominamos las ideas con el instrumento para expresarlas, que es el lenguaje, pero ya la moderna psicolingüística, Chomsky, etc., y otros desde hace mucho tiempo, han determinado que es el lenguaje el que nos domina a nosotros. Yo le voy a contar un incidente que me llenó de asombro y de consternación cuando lo presencié. Hace algunos años, yo estaba intentando comprender ese mundo vastísimo, fabuloso y fantástico que es la civilización china. Es algo tan distinto y diferente de lo nuestro, que resulta difícil comprenderlo. Hice esfuerzos serios para tratar de abarcar toda la elipse histórica china. En ese intento tuve la enorme suerte de encontrar y conocer al profesor Joseph Needham, quien es el traductor al inglés de prácticamente todo lo que hay de importante e interesante en la ciencia y la civilización chinas. Él tiene varios volúmenes publicados. Yo lo conocí en Cambridge, y le hice esta pregunta: ¿Por qué en el siglo XVI, cuando bajo cualquier parámetro que se examine, la civilización que había en la China era muy superior a la que existía en Europa, y ésta parece estancarse cuando entra en la etapa de la aplicación tecnológica de los principios abstractos de la física y de las matemáticas, que es el gran salto que da Europa con la física newtoniana: la China se estanca y se queda atrás? Y él me contestó algo que quizás usted me puede explicar mejor, pues aún no lo he comprendido. Me dijo: «Por el idioma... Porque el chino es intrínsecamente inepto para las abstracciones». La conclusión de eso sería que hay idiomas aptos para las abstracciones filosóficas, e idiomas inaptos para la filosofía. Es decir, uno puede abstraerse y manejar conceptos abstractos con más facilidad en griego, alemán, italiano, castellano, francés, que en chino. Usted, que es traductor, nada menos que de Platón al castellano, ¿podría decirnos hasta qué punto el idioma nos aprisiona, o nosotros utilizamos el idioma para elevarnos y para llegar a abstracciones de la mente, difíciles de expresar?

García Bacca: Sí que nos aprisiona; pero no es una prisión tal que no hay manera de escaparse. Hay ciertos idiomas que aprisionan más o menos que otros. Entre ellos, creo que el griego es sumamente flexible; y cuando no era flexible, lo hacían. Violentamente. Ellos inventaron ciertos tipos de fórmulas que van más allá del lenguaje corriente. La gran manera de evadirse de un idioma es creando un conjunto de fórmulas de orden superior. Fórmulas de matemá-

ticas, o de física, o de filosofía. Porque el lenguaje corriente, por muy rico que sea, dispone sólo de refranes, o de frases hechas, por montones. Pero, si uno consigue, o bien crea un tipo de lenguaje, como el matemático, en él no hay ni sustantivos ni adjetivos ni verbos, ni vocales ni consonantes. Cuando se habla con lenguaje vulgar, está uno sometido a la sintaxis, verbos, adverbios, nombre, pronombre, etc., y al régimen: metido en cárcel estrecha. Pero se ha ido formando poco a poco un conjunto de lenguajes en que no hay ni nombres ni verbos, ni adjetivos, ni sustantivos, que es el lenguaje matemático. En él se ha libertado del natural. El chino, tengo la impresión, no se ha evadido del lenguaje natural. Si hubiesen inventado los chinos el lenguaje simbólico, nos hubiesen precedido inclusive en toda la técnica moderna. Pero han quedado presos del lenguaje natural, hecho a base de una sintaxis transmitida: frases hechas, convencionales, axiomas, etc., sentencias...

Jorge Olavarría: Ideogramas...

García Bacca: Exactamente. Han quedado presos. Como puede usted imaginar, si no existiese el lenguaje matemático no tendríamos nada de lo que estamos viendo. Todo esto está construido con matemáticas concretas.

Jorge Olavarría: El lenguaje que se está creando a través de la computadora moderna, el lenguaje simbólico-matemático, ¿es ese el lenguaje del futuro? ¿Puede abarcar con una concisión y con una brevedad mucho mayor, mucho más?

García Bacca: ¡Claro! Porque no está restringido a ninguna gramática. Allí no hay ni sustantivos, ni adjetivos, ni nombres ni pronombres, ¡nada! Es otro tipo completamente distinto. Y ese lenguaje, como no está sometido ni a los gramáticos, ni a la Academia de la Lengua... Es por lo que nosotros hemos conseguido pueblos que pueden tener un lenguaje popular muy perfecto, una gramática muy perfecta, pero han quedado sometidos al régimen y a la sintaxis del mismo lenguaje.

Eso les ha pasado, por ejemplo, a los chinos. Mas los chinos y japoneses, sobre todo los japoneses, que hayan sido educados en matemáticas y física: en lenguaje moderno, ¡advierta cómo han progresado! El lenguaje corriente, —sea japonés o chino— queda reducido a cosa de vida privada, urbanidad pública. Pero cuando llega el momento de la verdad, el lenguaje matemático, físico, etc., computadoras, etc., es el eficiente.

Jorge Olavarría: O sea, ¿que la química, las matemáticas y la física no serían posibles sin los simbolismos que les son propios?

García Bacca: Absolutamente imposibles. ¿Cómo diría Ud., en castellano, el binomio de Newton?

Jorge Olavarría: Corrijame si me equivoco... el simbolismo matemático es algo que surge alrededor del siglo XV, XVI.

García Bacca: Pero va surgiendo poco a poco. En Euclides, cuatro siglos antes de Cristo, se encuentra ya una cantidad de cosas realmente de simbolismo matemático. Es un lenguaje nuevo.

Jorge Olavarría: Pero insisto en la pregunta, cuando yo digo que surge en el siglo XVI, es porque es interesante y relevante la coincidencia entre el progreso tecnológico y el simbolismo matemático-científico.

García Bacca: Surgen el álgebra y las matemáticas modernas a partir de Galileo. Y se va perfeccionando, independientemente de la gramática, y de las academias correspondientes de la lengua. Y sin eso, no tendríamos nada de lo moderno.

«No hay que preocuparse de la imagen consecuyente de uno»

Federico Riv: Las primeras obras para mí importantes que usted publica en España son un *Tratado de lógica simbólica*, escrito en catalán, y un libro que para mí tiene una importancia extraordinaria, dada la época en la cual se publica, en el medio español, que es el libro *Introducción a la lógica moderna*.

En estas obras usted demuestra un conocimiento muy profundo y muy actual de la física, de la matemática y la lógica de la época. De manera que un lector se sentiría inclinado a creer que el futuro de su actividad filosófica hubiese podido ser el campo de la epistemología en el sentido predominante del Círculo de Viena y de todo lo que ha pasado después; pero en cierto modo uno siente la impresión de que su gran preparación, aparte, por supuesto, de la cultura filosófica y de la cultura clásica, había consistido en física, matemáticas y lógica. Y esto particularmente se observa en la *Introducción a la lógica moderna*, en donde usted realmente hace una observación sumamente importante, que es vincular la lógica formal, la lógica husserliana, formal y trascendental, con el aparataje de la lógica contemporánea. Sin embargo, siguiendo su biografía intelectual, uno siente o percibe que esta especie de preparación inicial no continúa, por lo menos con la fuerza o el empuje que uno hubiese presentado,

sino que entonces usted se dedica por muchísimos años a la filosofía existencialista en parte, pues es un conocedor profundo de *Heiddegger* y de la filosofía de Husserl, etc., y esta sería una segunda etapa. Ahora bien, en la última obra que usted ha publicado sobre la historia de la filosofía, un poco el panteón de los filósofos ilustres, no aparece ninguna de estas dos formas de filosofar a la que usted se ha dedicado. Es decir, no hay ningún representante destacado, importante, de la tendencia epistemológica actual, ni hay tampoco ningún representante de esa otra vertiente que ha ocupado buena parte de su actividad filosófica: Husserl, Heidegger, etc. Yo quisiera preguntarle, entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido?, ¿por qué razón estas tendencias que usted ha cultivado no se manifiestan en esa especie de historia de la filosofía que usted ha publicado, y por qué razón, fundamentalmente, sobre todo en relación con sus palabras iniciales esta noche, no aparece ninguno de los grandes representantes de la epistemología actual, todos relacionados con el Círculo de Viena, filosofía analítica, etc.? ¿Qué opina usted de estas dos corrientes, sobre las cuales usted ha dedicado buena parte de su actividad filosófica?

García Bacca: Amigo Riu, yo he ido cambiando, porque nunca me he preocupado de ser consecuente conmigo mismo. Es decir: no me he preocupado de ser consecuente con lo que he ido haciendo, sino me he ocupado de una cosa que no es mejor ni peor que lo de consecuente: en vez de preocuparme de ser consecuente con la verdad, simplemente me he preocupado por la sinceridad, que es afín a la verdad. Pero si en un momento dado creí sentir la obligación de conciencia en el año 29 (digo 29, no me equivoco en la fecha), noté que yo había estudiado filosofía escolástica, que era lo que estudiábamos entonces en España. Me fui a Alemania a estudiar, a Munich. Me despreocupé de la filosofía escolástica, y me dediqué sinceramente a estudiar matemáticas y física, porque creí que me hacía falta eso. No me preocupé de ser consecuente con la filosofía escolástica; porque de haberlo sido, estuviera aún metido en un convento de España. No hay que preocuparse de la imagen consecuente de uno.

Marxismo, filosofía analítica

Federico Riu: Con relación a esta pregunta que le he hecho, en cierto modo el panorama filosófico actual está dominando por dos tendencias contrapuestas. Yo creo que son contrapuestas, pero en el fondo, por cierta versión policíaca que despiertan, son también afines. Por una parte el marxismo, por

otra parte la filosofía analítica. Es decir, en este momento, sin duda, estas dos tendencias tienen acaparado el pensamiento filosófico; y por los momentos, salvo que la gente se empiece a interesar por su célebre metafísica, no parece que hay otra tendencia, sino que hay el dominio de estas dos tendencias opresivas: marxismo y filosofía analítica, que por supuesto mantienen diálogos sordos, porque cuando el analítico dice que la dialéctica es un sinsentido, el marxista responde que la filosofía analítica está al servicio del imperialismo y allí termina todo. Yo lo que quiero preguntar entonces, con relación a los temas que se han abordado esta noche sobre el problema de la filosofía como saber unitario, es: ¿qué opina usted de esas tendencias?, ¿cree que alguna tenga predominio en la filosofía actual?

García Bacca: Eso del predominio es un poquito exagerado. Predominan por obra y gracia de la propaganda y de la novelería. Naturalmente, fuera de casos muy concretos en que se estudie en firme, marxismo es aquí novelería. Y filosofía analítica también es novelería. La filosofía analítica, tengo la impresión de que es una manera de evitar todo tipo de problemas. Es una trampa. No se compromete. No se compromete ni sociológicamente, ni económicamente, ni metafísicamente, ni nada. Entonces, todo eso de la filosofía analítica se reduce a sutilezas verbales. Está hecha sobre la base de un lenguaje que, si fueran consecuentes esos cultivadores, no irían nunca en avión, no tendrían ninguno de los aparatos modernos de que se sirven. Es decir, todo eso es simplemente evitar comprometerse en firme. Y el marxismo es comprometerse en firme, cuando se es marxista en firme. El marxismo corriente resulta una especie de literatura para propaganda. Y tengo la impresión de que en ella entra gran parte de la novelería. En la España de hoy se habla, se escribe de marxismo, marxismo, marxismo. Pero es solamente como novelería filosófica contra la filosofía escolástica. Esto era un arma contra Franco. Desde que a Franco Dios se lo llevó a su gloria —y que lo tenga en ella— el marxismo quedó reducido simplemente a pequeños grupos que trabajan todavía con una especie de constancia sincera en lo que trabajaban anteriormente, cuando no se podía trabajar en eso. De los que se preocupan por filosofía analítica en España, la mayoría de ellos hacían filosofía analítica porque era teológicamente inofensiva, sociológicamente inofensiva, económicamente inofensiva. Y ahora todo eso ha desaparecido, porque la teología no se da por ofendida en España. Se pueden decir de ella muchísimas cosas. La economía tampoco se da por ofendida por lo que puedan

decir. Es, pues, la filosofía analítica una alternativa, una especie de amable y distinguida ocupación. Pero los filósofos analíticos que yo conozco están preocupados en firme por estudiar sociología, economía, matemáticas, física. Recuerdo que cuando yo llegué a México en el año 40, hasta el 47 cuando vine aquí, había allí neokantianos: cuando ya en Europa prácticamente no los había, había muchos en México. Había muchos existencialistas —comenzando—, escolásticos, tomistas, bergsonianos, toda clase de filosofías en pequeño. Yo le pregunté a un amigo mío: «pero ¿por qué usted se metió a neokantiano?» «Pues, porque era el único lugar que estaba libre». Es decir, modernamente pasan muchísimas veces cosas que las hace un señor, porque no tiene otra alternativa, porque no hay otro lugar disponible en que mandar; no porque valga más o menos, sino porque no hay otro lugar mental disponible; o porque era lo único que le permitiría ser profesor o hacer de escritor. Esto no hay que tomarlo en cuenta. Ha sucedido otra cosa complementaria bastante rara y sospechosa. La escuela vienesa, Carnap, Reichenbach, todos ellos judíos, salieron escapados de Alemania a tiempo, y se fueron a California, Estados Unidos: a la Universidad de Stanford, o Berkeley, y estuvieron allí, durante la guerra. Fundaron la «escuela vienesa». Pero la fundaron de una manera muy especial, porque la escuela vienesa, Carnap, etc., es simplemente filosofía de un lenguaje para niños de primera enseñanza que eran universitarios. Todo lo que ha hecho ese grupo en los Estados Unidos fue una gramática o una sintaxis lógica muy bonita y sutil que en el fondo no era sino una gramática de altura para niños universitarios. Pero la gramática es lo más neutral que hay. Según la gramática se puede escribir de todo: de teología, de filosofía, de todo. Lo raro es que cuando terminó la guerra, y pudieron volver a Alemania los sobrevivientes, eso ha pasado a Alemania. De modo que Alemania está haciendo filosofía de las ciencias en plan analítico del lenguaje, etc., que no compromete a nada. Eso es lo que se pretende: no comprometer a nada. Ni a ser marxista en firme, ni a ser capitalista en firme, ni a ser nada en firme. Porque el lenguaje, la estructura del lenguaje, la gramática es lo más neutral que hay. Es inofensivo para toda clase de regímenes. Por eso es sospechoso que en Alemania esos que emigraron han vuelto instruidos, y están haciendo en Alemania exactamente lo mismo. Que no haya más que palabras, y ponerles detrás unas abreviaturas o símbolos para que parezca que se dice algo, es una manera de epistemología completamente inofensiva. Porque no se adentra en ningún problema en firme: ni de economía, ni física, ni nada. No ve

usted ninguna fórmula ni nada. Todo ese lenguaje, toda la filosofía analítica, es puramente una distracción, porque es inofensiva sociológica, económica y religiosamente. Es una escapatoria. Como yo ya soy viejo, y como viejo he perdido bastante de la vergüenza, lo que sinceramente me atrae... ¡pues no!, no me voy a meter en filosofía analítica o con la epistemología de esa que anda por ahí; pues no, porque no vale la pena. ¿Hay cosas mucho más importante?. Lo ignoro. ¿Que piensan que las ignoro porque soy ignorantes? ¡Pues que lo piensen! ¿Qué me importa a mí que ciertos señores piensen que soy ignorante? Claro que lo soy, naturalmente, en mil cosas. Pero es que no se puede gastar esa pólvora en infiernillos. Lo que nos compromete actualmente es la física atómica nuclear y la economía. De eso vivimos. De eso hay que tratar.

Giulio Pagallo: Platón es el primer ejemplo de un intento de construir —para utilizar sus palabras— una gramática comprometida. Y el compromiso de Platón es dar la razón y comprender cómo ha sido posible la muerte de Sócrates. En lo que usted ha dicho hasta ahora, ha resultado que Platón es un filósofo que escribe divinamente bien. Es un filósofo que conoce la física, y las matemáticas de su tiempo, pero en su recuerdo de la actualidad de la obra platónica, ha faltado una palabra explícita a la cual usted se ha acercado en su última intervención, que es la palabra «política». Yo creo que la obra de Platón, con todos los aspectos que usted ha recordado, es una obra de filosofía comprometida, porque el ideal y el proyecto de Platón es el de una filosofía que se encuentra a través del episodio de la muerte de Sócrates con el problema de una sociedad justa. ¿Qué posibilidad hay en la crisis del marxismo actual, de que haya una nueva versión que a lo mejor nazca en Venezuela por obra del doctor García Bacca, de un encuentro entre platonismo y marxismo?

García Bacca: Yo soy sincero en este punto. Yo siembro, y no me preocupa lo demás. Si con todo lo que he escrito, consiguiese que de alguna manera marxista o no marxista, o bien de filosofía analítica o de lo que les dé la gana se preocupen en firme por comprometerse —no precisamente en una política determinada—, sino como Platón, me consideraría feliz: pero no considero que haya llegado a hacer eso.

Giulio Pagallo: Profesor García Bacca: si usted tuviera que pintar otra vez la escuela de la Atenas que pintó Rafael, estaría de acuerdo en pintar a Platón con el dedo hacia el cielo, y a Aristóteles con el dedo hacia la tierra, ¿o no?

García Bacca: Por reverencia al buen cuadro que es, sí. Por estética, sí.

Giulio Pagallo: Pero el dedo de Platón hacía el cielo, ¿es el dedo del compromiso, o de la fuga del mundo?

García Bacca: Yo creo que es el del compromiso en firme. Y también Aristóteles se comprometió en firme con la tierra, en su tiempo. De manera que si todo lo que modernamente sabemos de matemáticas, de física, de cosmología, de aparatos, todo ese conjunto inmenso de datos se los pudiésemos ofrecer a Platón y a Aristóteles, cambiarían íntegramente lo que escribieron, porque si con cuatro datos sensibles, hay que ver lo que hicieron con ello; pues si ofreciéramos ahora a esos genios todo lo que modernamente se sabe en todos los órdenes: de biología, de economía, en primer término creo que se quedarían alelados; y segundo, se echarían de bruces sobre ello para ver si consiguen aprovecharlo filosóficamente. Cuando dice Aristóteles y pretende y cree haber demostrado que «la luz no es cuerpo», y Santo Tomás repetía «la luz no es cuerpo», porque naturalmente los ojos no ven que sea cuerpo; no se la puede agarrar; ante la bomba atómica, ¿cree alguien que todavía defenderían que la luz no es un cuerpo? ¿Qué van a defender! Al diablo con semejante teoría. Los datos nuevos son tales que hacen saltar todo lo anterior. Tomamos el ejemplo de ellos, como lo hicieron con los datos de su tiempo. Y tomando el ejemplo de ellos, aplicarlo a lo actual, cambiando lo que sea menester cambiar. Si hay que enviar a paseo —por no decir una palabra peor: iba a decir a los cuernos de la luna— a santo Tomás, a Escoto, a Descartes, etc., enviémoslos allá a todos ellos; y al subjetivismo, idealismo, etc., ¡al cuerno de la luna! Ahora, o por obligación de conciencia, o por política o por religión, se piensa que se ha de ser marxista, o que se ha de ser tomista; pues, quien tal piensa, si fuese consecuente, nunca iría en avión, ni tendría en casa o ciudad aparato alguno.

Dicho con la frase castellana clásica: «de pensamiento, palabra y obra». Modernamente —de obra— todos somos anti-tomistas, anti-religiosos; pero de palabra, no. Y de pensamiento tampoco. Estamos cultivando una especie de hipocresía, de esquizofrenia psicósomática: alma medieval en cuerpo moderno. Todo lo que estamos viendo aquí, ni según el Platón físico, ni según el Platón aristotélico, ni según Santo Tomás, es naturalmente posible. Pero todavía creemos de conciencia religiosa o política lo de ser tomista, o platónico al estilo clásico, o aristotélico. Todo eso hay que enviarlo ¡a los cuernos de la luna! Todo el mundo es «de obra» anti-todo eso. Enviar al cuerno de la luna todo eso. Yo soy el primero que tiene que hacerlo y en parte lo he hecho porque he enviado al cuerno de la luna la lógica en catalán; la *Introducción a la lógica simbólica*;

lo que yo escribí en latín. He tenido que enviar entre muchísimas otras cosas los dos volúmenes de las *Lecciones de historia de la filosofía* al mismo lugar celestial. Lo único que creo me puede salvar cuando llegue al otro mundo es lo que estoy terminando ahora de escribir. Quienes han leído mis *Lecciones de historia de la filosofía*, que terminan con Marx, creen que yo soy marxista (He recibido por ello muchísimas felicitaciones). Comienza tal obra con Demócrito, con física atómica, termina con Marx. Pero eso es historia de la filosofía. Eso es el pasado. Lo importante es lo presente y el porvenir. He compuesto una obra que título *Pasado, presente y porvenir de grandes nombres* (no hombres, sino nombres). Pasado, presente y porvenir de mitología, de teología, de filosofía, de ciencia y de técnica.

Pasado de todo eso: Primera parte. ¿La segunda parte lo que de todo eso es, lo que está vigente y eficiente en el presente? Y de todo esto, ¿qué es lo que sirve para el porvenir? Me he metido a profeta, con gran desverguencía.

Federico Riu: Si me permite, en relación a esto, quisiera hacerle una pregunta...

García Bacca: Todo esto un poco ofensivo, ¿verdad?... (risas) Don Jorge, cuando lo veo a usted sonreír, tengo que ponerme yo no formal, sino también a tono con usted. ¡Es una provocación! Aunque la cosa sea seria, hay que tomarla un poquito en broma.

Técnica, azar y futuro

Federico Riu: Quisiera preguntarle a usted lo siguiente: Uno de los temas actuales de reflexión, no solamente filosófica, sino sociológica, es el tema de la técnica. Y es evidente que han surgido una serie de perspectivas que manejan este tema con grandes poses de temor, de miedo, y que ha resucitado grandes planteamientos como los de Heidegger, o los marcusianos, que se inspiran en lo mismo... Quisiera preguntarle: ¿realmente hay que temerle a la técnica? ¿Mantiene usted esta misma preocupación sobre el tema de la técnica, en el sentido de que entramos en una fase de la historia de la humanidad que va a representar una especie de holocausto? ¿O, por el contrario, no tiene usted miedo a la técnica y al futuro tecnológico?

García Bacca: Tengo prácticamente terminada la obra *Pasado, presente y porvenir de grandes nombres*. En ciertas épocas, de mitología había mucho, menos, de teología. En otras épocas pasadas hubo más de teología que de

mitología. En otras hay más de ciencia y técnica que de filosofía, etc. Lo importante de todo eso es, ¿qué queda actualmente disponible para hacer algo? Hecho el balance e inventario de lo que modernamente tenemos de instrumentos mentales, físicos, técnicos —incluidos en la técnica actual—, ¿qué es lo que permite todavía que el hombre se enfrente con el porvenir? Yo les diría a ustedes, amigos presentes, que tengo la impresión de que en nuestros tiempos hay mucho de lo que llamamos clásicamente «azar». O eso de cálculo de probabilidades. Porque en un tiempo, en la mitología griega, el azar era una diosa. El azar se había limitado a juegos de dados. Pero desde que se constituye el azar —o se ve de qué el azar está constituido— que es un cálculo que se llama de «probabilidades, que usan las compañías de seguros y que emplea todo el mundo, y se nota que la probabilidad está metida y rige en la base del universo en protones, electrones, fotones que son la base nuestra, hemos de tener presente que toda probabilidad, como todo juego, no se puede jugar de manera que uno siempre gane. Eso es hacer trampa. Si uno se propone en un juego ganar siempre, tiene que hacer trampas. Tiene que aventurarse a perder o a ganar. El azar está regido por cálculo matemático; las compañías de seguros se rigen por él, saben que es negocio. Toda la física moderna es física cuántica, o física probabilística, además de física determinista. Todo esto es un tipo superior de juego: pero jugamos, inclusive a que explote el universo. Hay que jugar valientemente. Es difícil convencerse de que estamos jugándonos la vida, el universo, en firme. Mas el que juega para ganar siempre, como toda filosofía clásica: la de la verdad eterna, inmutable, permanente, la misma, la única, ése no juega. Hace trampas. Ése está asegurado por una compañía de seguros presidida —nada menos—, que por el Padre Eterno. Ésa no puede fallar. No nos hagamos los tontos. Todo lo que esté asegurado por el Padre Eterno es trampa. Con nuestro arsenal de instrumentos, estamos jugándonos la vida: experimentos grandemente peligrosos en física, genética, matemáticas modernas. Todo ello está impregnado de cálculo de probabilidades. O sea, es juego. No seamos mentalmente tramposos. No pensemos que siempre hemos de ganar. Y no pensemos que la Providencia, el Padre Eterno, cuando llegue el momento pondrá la mano, la bomba atómica volverá a ser uranio inofensivo en un rincón del mundo. Ese porvenir, para ganar o para perder, a lo mejor para ganar, pero, ¿para ganar qué? Dedico una tercera parte de la obra al porvenir, es la más larga; estudia los elementos o componentes que nos permiten, con una cierta probabilidad, ganar. Pero se puede también perder.

Vea usted, pues, que no tengo ningún respeto por todo lo anterior mío. Todo eso que se vaña a los cuernos de la luna.

El filósofo y la política

Antonio Aparicio: Bajando de las alturas de la filosofía a la realidad de la vida española, ¿qué ideas puede sugerir esta vida a un filósofo que, como usted, ha regresado después de haber estado durante cuarenta años ausente de ella? ¿Qué impresiones podría recibir de la naciente democracia, de la actual transformación, en cuanto realidad social y humana, dentro de la filosofía moderna de la libertad?

García Bacca: De eso yo sí que no entiendo nada o muy poco, amigo Aparicio. Cuando se trata de asuntos que exigen política determinada, yo no sabría qué decir. Si usted me pregunta, por ejemplo, ¿qué porvenir tiene la filosofía española, después de 40 años?, esa podría ser una pregunta responsable. Pero, ¿qué influencia podemos tener nosotros en el desarrollo político, social, económico, etc., de España? A eso sí que no me atrevería a responder.

Jorge Olavarría: El azar interviene allí.

García Bacca: Hay un margen de contingencias.

Antonio Aparicio: Ante la dualidad de posibilidades que tenía a su llegada allá, después de tanto tiempo de ausencia, de encontrar una visión optimista, visión hacia el futuro, o lo contrario, ¿qué impresión ha sido la suya?

García Bacca: En conjunto, optimista. Salí el 39, y regresé el 77; y ahora (1979) volví otra vez. Recorrí gran parte de España, hablando con todo el mundo, desde mozos de hotel. Volví a América, para asimilar lo que había notado. He vuelto tras tres meses. Hablé con todos en todas partes...; por ejemplo, ¿usted sabe quién es Antonio Tovar?

Antonio Aparicio: ¡Claro! Sé quién es y quién ha sido...

García Bacca: Antonio Tovar, para quienes no lo sepan, fue el intérprete entre Franco y Hitler al terminar la guerra española. Después Franco lo nombró rector de Salamanca. Riñó con Franco porque hizo Tovar —Tovar es hombre valiente, noble y sincero—, una exposición en Salamanca de las obras de Unamuno. Y el obispo se le opuso. Hablo del año 42, 43. ¿Qué hizo Tovar? En su casa hizo la exposición de las obras de Unamuno. Y después, inmediatamente tuvo que emigrar a Argentina, Estados Unidos, Alemania. Yo no lo conocía personalmente; lo conocí ahora. Y hablamos largamente de muchísimas cosas.

Desde ese extremo, hasta hablar con frailes, curas y jesuitas, en el otro extremo. Tengo una impresión absolutamente optimista de España. Para mí es un milagro político lo que ha pasado. España tiene ahora esos problemas que ninguna nación del mundo es capaz de solventar. Primero, el problema de las autonomías, los separatistas. Problema espantoso. ¡Lo que le pasa a Inglaterra! Segundo, el problema del terrorismo. Y el tercero, el problema de la inflación. Esos problemas los nota todo el mundo y los vive. Pero el español se los aguanta por dentro. Pero por fuera, en España, todavía da gusto el gran señorío con que se llevan tales problemas. Y el sabor, salero, con que se habla. Que es en todas partes. Como España, durante 40 años, fue un inmenso convento y no inmenso cuartel, el gobernante no aprendió a gobernar, sino a mandar. El político no aprendió política. El ciudadano fue solo un «súbdito». El caso es que nadie aprendió —porque no los dejaron— ni a gobernar, ni a obedecer... Se va recomponiendo la España: se va volviendo una tierra maravillosa. Para mí es un caso de resurrección. Ésa es mi impresión.